

Estrategias de la ocupación tardía en la cuenca baja del río Cañete: una propuesta desde la ecología cultural

FAVIO RAMÍREZ MUÑOZ*

Resumen

Este artículo presenta nuevas propuestas sobre la ocupación prehispánica tardía en la cuenca baja del río Cañete, basadas no solo en el estudio de los sitios arqueológicos, sino también del medio ambiente, los rasgos arqueológicos del paisaje y el actual registro etnográfico de la zona de estudio, ello con la finalidad de mantener un enfoque ecológico cultural que, a partir de un análisis interdisciplinario, permita aproximarnos a comprender los ecosistemas en los que se desarrollaron aquellos grupos sociales que ocuparon este territorio durante los períodos Intermedio Tardío y Horizonte Tardío.

A lo largo del estudio resulta una constante el cruce de variables cualitativas a partir de la recopilación de datos arquitectónicos, geográficos, ecológicos, etnobotánicos, etnohistóricos y antropológicos, partiendo siempre de una breve presentación de los antecedentes arqueológicos de aquellos investigadores que han precedido nuestro trabajo en el área estudiada.

Palabras clave

Arqueología de Cañete, arquitectura inca, ecosistema arqueológico, aprovechamiento prehispánico de recursos

Late Occupation strategies in the lower Cañete River Basin: a proposal from Cultural Ecology

Abstract

This paper presents new proposals on late prehistoric occupation in the lower basin of the Cañete River, based not only on the study of archaeological sites but also environmental, archaeological landscape features and current ethnographic record of the study area. These proposals are raised in order to maintain an ecological cultural approach that from an interdisciplinary analysis approach allows to understand the ecosystems in which local social groups lived during Late Intermediate and Late Horizon periods.

Throughout the study is a constant crossing of qualitative variables from the collection of architectural, geographical, ecological, ethnobotanical, ethnohistorical and anthropological, always starting with a brief presentation of the archaeological history of those researchers who have preceded our work in the study area.

Keywords

Cañete archaeology, Inca architecture, archaeological ecosystem, prehispanic use of natural resources

* E-mail: favramirez@gmail.com

Introducción

El presente artículo expone el estado de la cuestión sobre las ocupaciones prehispánicas tardías en la cuenca baja del río Cañete, planteando una serie de hipótesis sustentadas en un enfoque ecológico de investigación; esta aproximación empezó a prefigurarse en el año 2011 con la ejecución del primer *Proyecto de Investigación Arqueológica Pacarán 01* y se vería desarrollada en subsiguientes prospecciones a la cuenca baja del río Cañete. El empleo de una perspectiva interdisciplinaria en el análisis de los datos, que conllevó la interacción de conocimientos provenientes de los campos de la etnohistoria, etnobotánica, antropología, geología, arquitectura y ecología durante todo el proceso de acopio informativo, ha permitido arribar a conclusiones de alcance medio que podrían generar posteriores debates sobre la zona de estudio, referidos principalmente al manejo del agua, el aprovechamiento de suelos y especies silvestres, y las implicancias que las nuevas tecnologías habrían tenido en la complejización social y el desarrollo de entidades políticas en la región.

A diferencia de otras investigaciones, nuestro estudio se focaliza en el manejo de una cuenca, es decir, en los principios y métodos desarrollados por una sociedad para el uso racional, integrado y participativo de los recursos naturales de su cuenca hidrográfica, correspondiente en nuestro caso a la sección baja del río Cañete, provista de diversos ecosistemas. Es oportuno señalar que bajo el término “ecosistema” nos referimos a cada sistema conformado por un conjunto de organismos vivos y el medio físico donde se relacionan, constituyendo una constante de interacciones que afectan de alguna manera a todas las partes que lo componen. Respecto a estas dinámicas cadenas de interdependencia, en su estudio sobre las sociedades tardías de Cieneguilla, Giancarlo Marcone escribe:

[...] nos quedamos mirando la adaptación al medio ambiente como un resultado cultural y no hemos indagado sobre cómo la historia humana es una interacción dinámica de ida y vuelta entre el hombre, su medio cultural y su medio ambiente. El hombre se adapta a su medio ambiente, al adaptarse lo transforma y origina así nuevas adaptaciones que a su vez vuelven a transformarlo (Marcone 2004: 718).

En la cuenca hidrográfica de Cañete, las transformaciones geográficas por causas sociales han sido el principal factor de interacción ecológica, entre estas transformaciones podemos mencionar la ampliación de espacios agrícolas con la construcción de andenes en las laderas de pendiente pronunciada, la ampliación de áreas agrícolas con los canales de regadío, la captación y acumulación de

agua en represas, el mejoramiento de pastos mediante la rotación del ganado, entre otras transformaciones de zonas estériles en espacios productivos utilizados de manera responsable bajo una planificación de su uso como recurso. Existe, por consiguiente, la necesidad de estudiar no solo los sitios arqueológicos sino también el territorio en el que se asientan, cabe aquí citar lo mencionado por Gonzalo Ruiz y Francisco Burillo en relación a la investigación del territorio: “El territorio es un espacio socializado y culturizado donde transcurren las relaciones de las sociedades humanas, y por lo tanto se convierte en producto mismo de ellas, permitiendo con su análisis la lectura de las mismas” (Ruiz y Burillo 1988: 46).

Considerando que para comprender el proceso histórico de una sociedad es primordial entender los ecosistemas en los que esta se desarrolló y emplazó sus asentamientos, decidimos ampliar la visión geográfica del área de estudio siguiendo fundamentalmente el enfoque de cuenca y no la tradicional división del valle por zonas (baja, media y alta); esta última, sin embargo, será ocasionalmente empleada para facilitar la comprensión del lector y el análisis comparativo con planteamientos de otros autores.

Aspectos geográficos de la zona de estudio

La cuenca del río Cañete tiene una extensión de 6 192 kilómetros cuadrados desde la cordillera occidental de los Andes hasta el nivel del mar; la sección estudiada en este artículo corresponde a la cuenca baja, ubicada en el departamento de Lima, en la costa sur central del Perú. La cuenca baja de Cañete abarca el valle medio, el valle bajo y el litoral.

En esta sección, el río discurre de noreste a suroeste hasta su desembocadura en el Océano Pacífico; el agua del río es utilizada principalmente para el riego de los cultivos y para el uso doméstico en zonas urbanas y rurales. La precipitación en el valle bajo llega a 27.9 milímetros anuales, mientras que en el valle medio asciende a solo 200 milímetros; estos escasos volúmenes de lluvia no contribuyen de manera significativa en las descargas del río, a diferencia de lo que sucede en la cuenca media y alta, en donde se aprecian mayores precipitaciones, sumándose una serie de micro cuencas, lagunas altiplánicas y nevados cuyas aguas contribuyen de manera eficiente al caudal del río.

El valle medio se inicia a los 1 970 msnm y abarca los distritos yauyinos de Chocos, Allauca, Catahuasi y Putinza, así como los distritos cañetanos de Lunahuaná, Pacarán y Zúñiga. La región se caracteriza por ser una zona árida, rodeada de cadenas montañosas de relieve escarpado, de clima seco y condiciones térmicas favorables para la agricultura durante todo el año. Tiene un

mayor número de días de sol que el resto del valle y de la cuenca, con viento secante que se siente durante todo el año. En el lecho del río crecen abundantes matorrales de caña brava, aprovechados para la construcción de viviendas precarias y para la confección de cestos. El valle medio es largo y estrecho, conformado por una sucesión de cerros arcillosos y rocosos con taludes que contienen piedras sueltas y cascajo; en sus conos de deyección se observan continuos deslizamientos aluviónicos que ocurren durante el verano.

El valle bajo inicia en la sección inferior del anexo de Socsi (distrito de Lunahuaná) y se extiende hasta el límite con el litoral, abarcando los distritos de Nuevo Imperial, Imperial, Quilmaná, San Luis, San Vicente y Cerro Azul. Se trata de un espacio más amplio y plano en comparación al valle medio; es además la zona de la cuenca que presenta la mejor calidad de tierras agrícolas, aprovechadas para el cultivo mediante sistemas de irrigación artificial desde tiempos prehispánicos. Posee un clima húmedo y nublado durante el invierno con escasas garúas. Su humedad atmosférica alcanza porcentajes elevados debido a la acción de las brisas marinas. En algunos espacios desérticos de Quilmaná y Nuevo Imperial se observa la formación de lomas en época de neblinas. Estos ecosistemas conformaban extensas áreas en tiempos prehispánicos y suministraban flora y fauna silvestre; en la actualidad, se ven reducidos a pequeños espacios debido a la disminución de la napa freática, el calentamiento global, la depredación por parte del pastoreo de bovinos y caprinos (cuyos desplazamientos deterioran la superficie de las lomas) y el crecimiento poblacional.

Al traspasar el valle bajo se ingresa al litoral, región que abarca el extremo oeste de los distritos de Cerro Azul, San Luis y San Vicente, con tierras salinizadas inútiles para la agricultura pero con una gran riqueza de recursos marinos. Esta extensa área, no delimitada por las laderas de los cerros, constituye una franja de interacción directa entre los sistemas terrestres y marinos que genera un ecosistema diferente al del valle bajo; presenta playas de cantos rodados, originadas por el socavamiento del mar sobre depósitos de conglomerados aluviales. Asimismo, se observan playas de arena con coberturas profundas, formadas a partir de la deposición de arenas de origen marino. También se observan espacios intercalados por zonas rocosas o peñascos donde revientan las olas, hábitat de diversas especies de moluscos y crustáceos recolectados para el consumo.

Análisis ecológico-cultural

Antes de abordar el análisis de la cuenca baja del río Cañete consideramos oportuno precisar que el objetivo de nuestro estudio fue comprender las interacciones de las poblaciones prehispánicas tardías correspondientes a la

sociedad guarco y su posterior anexión al Estado Inca; por tal motivo, no se tomó en cuenta el espacio geográfico comprendido por los distritos de Chocos, Allauca, Catahuasi y Putinza, ya que existen fuertes indicios de que esta sección del valle medio estuvo ocupada por grupos yauyos desde, por lo menos, el período Intermedio Tardío.

Asimismo, pese a que consideramos que los sitios de Incahuasi, El Huarco - Cerro Azul y la Fortaleza de Ungará poseen particular importancia para la comprensión arqueológica del período que nos interesa, sobre todo por la posibilidad de hallar en ellos una ocupación continua del Intermedio Tardío al Horizonte Tardío, no hemos considerado necesario explayarnos aquí en su caracterización; por el momento, focalizamos nuestra atención en los sitios menos conocidos en la literatura arqueológica.

Siguiendo con la propuesta metodológica planteada, la investigación utilizó tres niveles de análisis. El primero fue el *análisis intrasitio*, referido al estudio del interior de un sitio arqueológico para comprenderlo como una unidad básica. El segundo fue el *análisis intersitio*, entendido como la comparación entre sitios arqueológicos ubicados en la zona de estudio. Y por último el *análisis ecológico*, concerniente a la relación de los sitios arqueológicos con su entorno inmediato.

Resumen de los datos analizados

Iniciaremos este análisis comprendiendo la sociedad guarco y sus posibles límites espaciales como unidad política. Al respecto, la literatura arqueológica registra que este grupo estuvo asentado en la sección más plana del valle bajo y en su litoral. Eugenio Larrabure y Unanue (1893), por ejemplo, señala la presencia de una muralla que correspondería a la delimitación física de la entidad política Guarco para el Intermedio Tardío, dicha delimitación habría protegido sus límites norte y este, mientras que en el sur y oeste los límites se encontraban marcados, respectivamente, por el cauce del río y el mar. A partir del asesoramiento etnohistórico de María Rostworowski, Joyce Marcus (2008) reafirma dichos límites y, como muchos otros autores, se refiere a la sociedad guarco calificándola de “señorío”, siguiendo una terminología adquirida del evolucionismo lineal para el entendimiento de la complejización de las sociedades. Al igual que Marcus, diversos investigadores han validado dicho límite basándose frecuentemente en las descripciones de los sitios más conocidos localizados dentro de este espacio, tales como El Huarco - Cerro Azul, Cancharí y Ungará.

Tras haber realizado una prospección de la cuenca baja del río Cañete, nos permitimos proponer como territorio de aquella entidad política el espacio geográfico que se extiende desde la zona de Zúñiga hasta el nivel del mar,

la ocupación de esta región habría permitido el control de por lo menos tres ecosistemas (los valles medio y bajo así como el litoral), implicando el aprovechamiento de espacios agrícolas, zonas desérticas, lomas, pequeños bosques y recursos marinos. Esta propuesta se encuentra basada en la dispersión de fragmentos de cerámica de estilo Guarco hasta la zona de Zúñiga y en la presencia de una serie de canales posiblemente arqueológicos cuyas bocatomas principales se ubican fuera de los límites de la supuesta muralla de delimitación. Al analizarse el croquis elaborado por Larrabure en 1893, puede observarse la existencia de un canal denominado por aquel entonces “acequia Quebrada de la Imperial” localizada fuera del supuesto límite territorial. De igual manera, dicha sociedad tuvo la necesidad de controlar la fuente del *ihuanco* o torrente que irrigaba los terrenos de los actuales distritos de San Luis y Cerro Azul; el origen del *ihuanco* se ubicaba en una quebrada del distrito de Nuevo Imperial, fuera del supuesto límite.

Otro aspecto que no fue tomado en cuenta por Larrabure al proponer su delimitación, debido al escaso conocimiento que a fines del siglo XIX se tenía sobre la arqueología de Cañete, es que la referida muralla deja fuera al complejo arqueológico Cerro del Oro, el cual presenta una ocupa-

ción guarco del Intermedio Tardío, reflejada en una fase constructiva. En todo caso, hasta el momento no se cuenta con antecedentes arqueológicos para el ámbito andino de delimitaciones territoriales extensas que cierran el espacio de toda una sociedad.

Surge entonces la pregunta ¿cuál habría sido la verdadera función de la hipotética muralla de delimitación del territorio guarco? Para resolver este problema es necesario volver a revisar el croquis elaborado por Larrabure; en él se observa que al lado derecho de la muralla se proyecta paralelamente un camino, esta disposición nos lleva a proponer que la supuesta muralla no sería más que un componente arquitectónico del camino, es decir, se trataría de un camino delimitado por un muro lateral.¹ Si bien es posible que la construcción del muro fuera una formalización adquirida durante el incanato, suponemos que el camino ya existía desde el período Intermedio Tardío. Esta última idea se sustenta en el hecho de que, tal como se observa en el referido croquis, el trazo del camino conecta importantes asentamientos que presentan una ocupación del Intermedio Tardío (El Huarco - Cerro Azul, Cerro del Oro, Huaca Chivato y Ungará), sucedida por otra correspondiente al incanato.

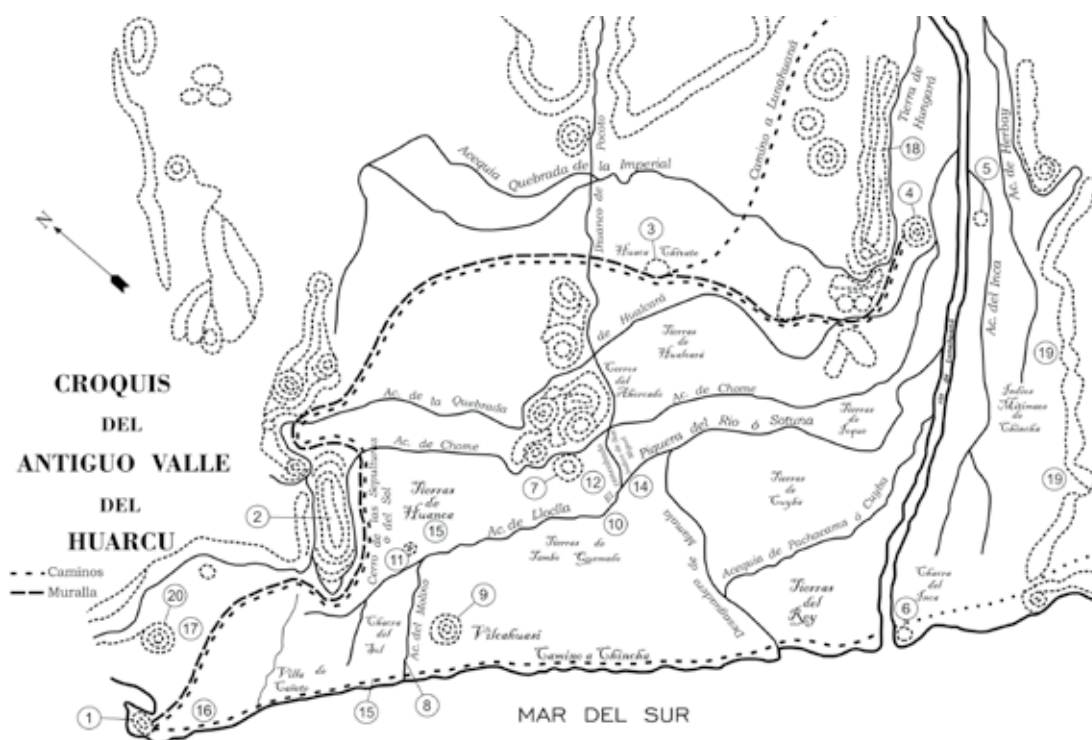


Figura 1. “Croquis del Antiguo Valle del Huarco”, según Eugenio Larrabure y Unanue (1935). (1) Fortaleza de Cerro Azul, (2) Palacio de Cerro del Oro, (3) Huaca Chivato, (4) Fortaleza de Ungará, (5) Fortaleza de Palo, (6) Palacio de Herbay, (7) Palacio de Cancharí, (8) Venta de Manta, (9) Templos del Sol, (10) Tambo de Lloclla, (11) Paso de las Ovejas, (12) Tierras de la Rinconada en el puerto, (13) Cementerio de Ungará, (14) Cementerios de Herbay, (15) Cerro Tinajero

¹ El muro lateral del camino podría cumplir la función de evitar el paso de los camélidos hacia los campos de cultivo aledaños durante el tránsito de caravanas.

Otro aspecto que reforzaría nuestra hipótesis se ve constituido por las ocupaciones del Intermedio Tardío en la zona de Imperial. En el croquis analizado se muestra que la delimitación solo llegaría hasta el frontis del asentamiento Huaca Chivato, sitio arqueológico que se presenta bastante pequeño en el dibujo; sin embargo, según pudimos constatar en nuestras prospecciones, en esta zona pueden observarse vestigios de un extenso espacio arqueológico, al cual se le suman otros montículos más alejados en la sección noroeste, fuera del supuesto límite. Creemos que el motivo de su escueta descripción en tiempos de los primeros viajeros responde a que para entonces estos ya se encontraban en mal estado de conservación, debido a la expansión agrícola y al crecimiento urbano desorganizado que experimentó la zona de Imperial entre fines del siglo XIX e inicios del siglo XX. A diferencia de Huaca Chivato, los sitios descritos por Larrabure, Middendorf, Squier y Harth-Terré (Cancharí, Ungará, El Huarco - Cerro Azul, Incahuasi) se localizaban al interior de haciendas, sin riesgo de ser ocupados por los pobladores locales, viéndose facilitada su accesibilidad (para estos primeros informantes) gracias al permiso de ingreso concedido por los propios hacendados.

En Imperial, hasta la década de 1990, se observaba gran evidencia de construcciones con tapiales, dispersas en el área actualmente ocupada por el sector urbano del distrito. La zona que a fines del siglo XIX Larrabure denominó Huaca Chivato corresponde hoy en día al espacio donde se asienta el cementerio y el estadio municipal de Imperial, abarcando también parte de la nueva urbanización ubicada en el lado sureste y un pequeño montículo cortado por la carretera de penetración Cañete – Yauyos. Con respecto a los sitios arqueológicos ubicados en el distrito de Imperial, el historiador Luciano Correa señala:

[...] se conoce el reguero arquitectónico de una gran urbe, siendo el núcleo principal el complejo ubicado al Sur del Cementerio General de la ciudad de Imperial. Para dar una idea de la grandiosidad de las construcciones, las edificaciones estaban desperdigadas por las actuales manzanas que ocupan la Av. La Mar, Calle Sucre, Manco Capac, Atahualpa, 15 de Noviembre, Calle Huancayo; además en el AA.HH Luis Felipe de las Casas Grieve, Cocharcas, Asunción 8; igualmente al sur del Cementerio General de la ciudad; del mismo modo el reguero arquitectónico se prolonga al sur del núcleo central, prosiguiendo a lo

largo de promontorios que son cortados hacia el Sur de la carretera Cañete-Yauyos, penetrando incluso a la jurisdicción del distrito de Nuevo Imperial [...] Las paredes son hechas de tapiales ... para finalmente ser estucadas con barro fino. Pero es importante resaltar que hacia el Suroeste del complejo todavía se encuentran restos de muros hechos con adobes tipo champa manipulados cuando estaban frescos con la mano, que incluso en muchos de ellos se observan las huellas digitales y palmares de los adoberos precolombinos cuya data sería del Período Intermedio Temprano, con ello, se puede dar algunas precisiones respecto a sucesivos asentamientos humanos en el antiguo territorio de Imperial (Correa 1990: 19-20).

Podemos deducir, por consiguiente, que en Imperial existían varios sitios arqueológicos hoy desaparecidos, muchos de ellos incluso con fases de ocupación más tempranas asociadas a la construcción con adobitos. Prospectamos el distrito de Imperial en el año 2009 y logramos observar algunos de los perfiles que subsisten debajo de las viviendas modernas; en estos se aprecian muros de tapiales gruesos, luego un hiato cultural y, por debajo, muros construidos con pequeños adobes parecidos a los que se observan en Cerro del Oro (San Luis). Asimismo, registramos un sitio arqueológico en pésimo estado de conservación en la zona de Cerro Candela, el cual pudo estar conectado mediante un trazo de camino natural con el sitio Cancharí; observamos, además, algunos pequeños montículos con muros de tapia cortados para la ampliación de campos agrícolas en un área cercana a la urbanización Melchorita.

En nuestro concepto, todo esto indica una fuerte presencia prehispánica en el distrito de Imperial que sobrepasa la supuesta muralla de delimitación guarco. Cabe mencionar que no somos los primeros en adscribir la zona de Imperial al territorio de esta sociedad; al respecto, ya en el año 2007, Alberto Bueno² había señalado la antigua existencia de

[...] un centro cultista y religioso ubicado en lo que ahora se llama Imperial, que poseía un gran número de residencias y pirámides que han sido destruidas por los invasores de tierras y por los propietarios de predios agrícolas, pero también por la Municipalidad Distrital, para ampliar el cementerio actual. En el interior del estadio superviven milagrosamente montículos arqueológicos. En la calle Huancayo existía una pirámide que tenía una base de aproximadamente 20 metros

² Como parte del dictado de cátedra y de sus investigaciones personales, el doctor Alberto Bueno realizó una serie de prospecciones en el valle bajo de Cañete durante las décadas de 1980 y 1990.

y 15 metros de altura. Los alcaldes de Imperial la convirtieron en fábrica de adobes. Cuando se amplió el estadio “Ramos Cabieses” se destruyeron enormes muros de la cultura Guarco y una de las pirámides ubicadas detrás de las tribunas estuvo a punto de ser derribada (Bueno 2007: 11).

Creemos que, como unidad política, el límite de la sociedad guarco se habría encontrado en los actuales distritos de Zúñiga y Pacarán, en ambas márgenes del río Cañete. En este sentido, la evidencia arqueológica no logra demostrar la existencia de otra entidad política prehispánica que hubiera ocupado la zona de Lunahuaná y Pacarán, tal como ha sido repetidas veces señalado por los investigadores a partir de fuentes etnohistóricas que, en sus sucintos relatos, aluden a un grupo asentado en esta región que bien podría haber formado parte de la entidad política guarco. Resulta, asimismo, inverosímil que una sociedad tan pequeña como la descrita en las fuentes coloniales, que solo llegó a controlar parcialmente el valle bajo de Cañete, pudiera resistir por más de tres años al avance de los incas en la costa. Además, insistimos en resaltar que en el ámbito arqueológico andino no han sido reportadas sociedades que hubieran delimitado físicamente extensos territorios con grandes murallas, solo se tiene noticias de ciudades amuralladas o centros administrativos amurallados, en ningún caso la delimitación física de todo su territorio.

Es necesario mencionar, por otra parte, que en las fuentes etnohistóricas no se consigna información sobre guerras o alianzas establecidas entre la supuesta sociedad runahuanac y el aparato estatal inca como parte de la anexión del grupo costeño al Tawantinsuyu. Si asumimos que todo este espacio localizado entre la mitad del valle medio hasta el litoral fue ocupado por la sociedad guarco, entonces tomaría mayor fuerza la idea de un control de bocatomas de canales de regadío fuera del supuesto límite amurallado, coherente también con la presencia de la cerámica estilo Guarco en el valle medio y el control de mayores nichos ecológicos; es decir, Runahuanac no correspondería a un señorío que controlaba todo el valle medio, sino a un grupo de familias guarcos ubicadas en una porción del valle medio (entre Lunahuaná y Zúñiga) mientras que otra sección de la misma geografía (entre Catahuasi y Putinza) era ocupada por grupos yauyos. De esta manera, ambas sociedades (costeña y serrana) poseerían un control de pisos verticales sin necesidad de llegar a graves conflictos por

la posesión de los recursos naturales aprovechados por ambas partes. Surge entonces otra pregunta, ¿por qué no se evidencian grandes centros administrativos guarco en el valle medio? Como explicación a ello, consideramos que podría haberse tratado de una entidad de gobierno centralizado con una concentración del poder en el valle bajo, debido posiblemente a la mejor calidad de las tierras agrícolas en esta sección del valle y al fácil acceso que ofrecía a los recursos marinos.

Si bien es cierto que hoy en día solo se observan algunos espacios del valle medio que, aparentemente, habrían sido ocupados por aldeas dispersas pertenecientes al período Intermedio Tardío, cabe suponerse que en el pasado también fueron aprovechadas las escasas áreas provistas de planicies medianamente extensas (correspondientes a los asentamientos urbanos modernos). Algunos investigadores han llegado incluso a reconocer características guarco en las edificaciones del valle medio construidas durante el Intermedio Tardío; tal es el caso de Alberto Bueno, quien afirma haber descubierto “influencias Guarco en territorio lunahuanense: Ramadilla, Caltopa, Caltopilla, Lúculo, Cerro Hueco y Jacayita” (Bueno 2007: 12).

Podemos inferir, por consiguiente, que la sección del valle medio perteneciente a los guarco no reflejaba los poderes políticos de dicha sociedad; esta conjetura cobra sustento si analizamos la facilidad que tuvieron los incas para desarticularlos, tomando rápidamente una sección no fortalecida para la defensa. El ejército inca habría incursionado por la parte más débil de esta sociedad gracias al apoyo de los chinchas, grupo que conocía el camino natural que conducía directamente al inicio del valle medio de Cañete, vía la quebrada de Topará. Sobre el recorrido de este camino, Guido Casaverde y Segisfredo López señalan:

La ubicación de las evidencias arqueológicas identificadas en esta vía corresponde a tres zonas caracterizadas por ser muy áridas: la parte alta de la Quebrada Incahuasi y Quebrada Venturosa, las quebradas Cerro Hueco y Culebrilla y, finalmente, un abanico aluvial localizado al suroeste del cerro Mendoza, sobre la margen derecha de la quebrada Topará, frente al anexo La Capilla (Casaverde y López 2011: 29).

Una vez instalados en el valle medio, los incas habrían decidido construir el sitio de Incahuasi como centro logístico que sustentaría las posteriores incursiones al

³ El hecho de que en el sitio Incahuasi se observen varias fases constructivas y que el camino que atraviesa la quebrada de Topará presente formalización arquitectónica, acondicionada posiblemente durante un largo tiempo de uso, indicaría que este asentamiento tuvo una ocupación más prolongada que la sugerida por las crónicas, con actividades permanentes durante el Horizonte Tardío.

valle bajo³; edificaron, además, una serie de centros primarios de acopio de alimentos (las *colcas* construidas en Lunahuaná y Pacarán) en las laderas de los cerros localizados al este del nuevo asentamiento urbano. Estas estructuras de almacenamiento, dispuestas como construcciones aisladas, permitieron el sostenimiento de las tropas provisionalmente instaladas como una colonia del Estado Inca hasta la anexión del valle bajo.

Es necesario resaltar que estos centros de acopio están presentes únicamente entre las localidades de Lunahuaná y Pacarán; no fueron construidos en otras zonas algo más elevadas como Catahuasi, Chocos y Putinza, quizás con la intención de evitar cualquier tipo de enfrentamiento con la nación Yauyos durante estas primeras incursiones. Las *colcas* continuaron siendo utilizadas tras la conquista inca del valle bajo de Cañete, registrando como evidencia de ello más de una fase constructiva, en las cuales se adosaron más recintos de acopio, ampliándose en algunos casos los tendales o áreas de secado.

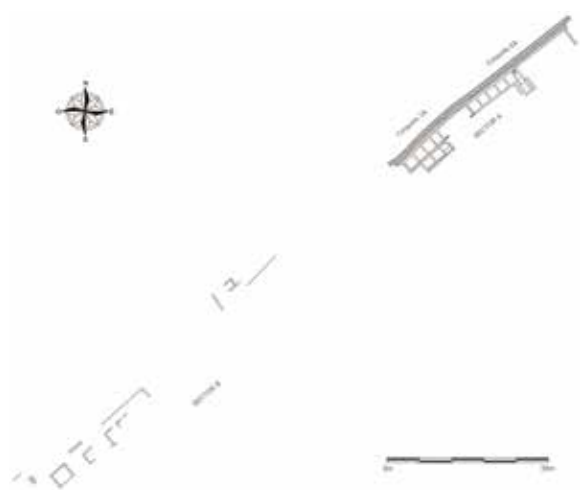


Figura 2. Plano del sitio arqueológico Pacarán 01. El Sector A corresponde al centro de acopio primario, mientras que el Sector B corresponde a unidades habitacionales

Con respecto a la anexión del valle de Cañete al Tawantinsuyu, el cronista español Pedro Cieza de León relata lo siguiente:

[El Inca] fue a lo que llaman del Guarco, porque supo que estaban aguardándole de guerra; y así era la verdad, porque los naturales de aquellos valles, teniendo en poco a sus vecinos porque así se habían amilanado y, sin ver por qué, dado la posesión de sus tierras a rey extraño, y con mucho ánimo se juntaron, habiendo hecho casas fuertes y pucaraes en la parte perteneciente para ello, cer-

ca de la mar, en donde pusieron sus mujeres e hijos. Y andando el Inca con su gente en orden, allegó a donde estaban sus enemigos y les envió sus embajadas con grandes partidos y algunas veces con amenaza y fieros; mas no quisieron pasar por la ley de sus comarcas, que era reconocer a extranjeros, y entre unos y otros, al uso destas partes, se trabó la guerra y pasaron grandes cosas entre ellos. Y como viniese el verano y hiciesen grandes calores, adolesció la gente del Inca, que fue causa que le convino retirar; y así, con la cordura que pudo, lo hizo; y los del Guarco salieron por su valle y cogieron sus mantenimientos y comidas y tornaron a sembrar los campos y hacían armas y aparejábanse para, si del Cuzco viniesen contra ellos, que los hallasen apercebidos.

Tupac Inca revolvió sobre el Cuzco; y como los hombres sean de tan poca constancia, como vieron que los de Guarco se quedaron con lo que intentaron, comenzó a haber novedades entre algunos dellos, y se rebelaron algunos y se apartaron del servicio Inca - Éstos eran naturales de los valles de la misma costa - Todo fue a oído del rey y lo que quedaba de aquel verano entendió en hacer llamamiento de gente y en mandar salir orejones para que fuesen por todas partes del reino a visitar las provincias y determinó de ganar el señorío del Guarco, aunque sobre ello se le recreciese notorio daño. Y como viniese el otoño y fuese pasado el calor del estío, con la más gente que pudo juntar abajó a Los Llanos y envió sus embajadores a los valles dellos, afeándoles su poca firmeza en presumir de se levantar contra él y amonestóles que estuviesen firmes en su amistad; donde no, certificóles que la guerra les haría cruel y como llegase al principio del valle del Guarco, en las haldas de una sierra, mandó a sus gentes fundar una ciudad a la cual puso por nombre Cuzco, como a su principal asiento, y las calles y collados y plazas tuvieron el nombre que las verdaderas. Dijo que, hasta quel Guarco fuese ganado y los naturales sujetos suyos, había de permanecer la nueva población y que en ella siempre había de haber gente de guarnición; y luego que se hobo hecho lo que en aquello se ordenó, movió con su gente a donde estaban los enemigos y los cercó, y tan firmes estuvieron en su propósito que jamás querían venir a partido ninguno y tuvieron su guerra, que fue tan larga que dicen que duró tres años, los veranos de los cuales el Inca se iba al Cuzco, dejando gente de

guarnición en el nuevo Cuzco que había hecho, para que siempre estuviese contra los enemigos (Cieza 1967 [1551]: 200-201).

De lo mencionado en los párrafos transcritos podemos inferir que los límites del “señorío” Guarco se hallaban en el valle medio, al cual Cieza siempre se refiere como el valle del Guarco, sin alusión alguna a la sociedad de Runahuanac como entidad independiente. Podemos plantear, asimismo, que el grueso del ejército inca estuvo conformado por pobladores costeños, quizás provenientes mayoritariamente del valle de Chinchá; luego de controlar la zona del valle medio, y las poblaciones guarco allí asentadas, las elites incaicas habrían contemplado la necesidad de construir un centro administrativo y logístico militar (Incahuasi) con fácil salida hacia territorio chinchano a través de la quebrada de Topará.

Cuando Cieza señala que durante los veranos el Inca regresaba al Cusco y, prácticamente, se paralizaban los ataques, podría estar describiendo un comportamiento motivado por el predominio de guerreros costeños (chinchanos o coayllos) como parte de su ejército, y no necesariamente al estío de calor producido por el verano como suponía el cronista. Durante el verano, la sierra no constituye una temporada de siembra o cosecha de la mayoría de productos, reduciéndose las actividades agrícolas al mantenimiento de los cultivos, por ejemplo, para el retiro de hierbas y malezas. Sucede lo contrario en los terrenos costeños de los valles medios y bajos, donde en el verano son realizadas varias actividades agrícolas de importancia, como la cosecha de los frutos de pacay (marzo), de la yuca costeña (marzo-abril), de legumbres como el frejol, el pallar y el pallar de los gentiles (entre marzo y abril), además de la necesidad del cuidado de las chacras, por lo menos, desde un mes antes de la cosecha (evitando roedores y aves) y la protección de los campos de cultivo, ante crecidas del río que arrasa los cultivos aledaños y de la avenida de huaycos por las quebradas, que suele darse entre febrero y marzo. En este escenario, los aliados costeños que ocupaban el valle medio de Guarco habrían regresado en época de verano a sus lugares de origen para dedicarse a las actividades agrícolas de producción.

Otro grupo de aliados se quedaría en el valle medio cosechando sus propios terrenos ganados en esta zona y recolectando el tributo de las cosechas entregado por los pobladores locales, el cual era depositado rápidamente en los centros primarios de acopio como Paca-

rán 01 o Peña de la Cruz de San Juan, constituidos por *colcas* cuadrangulares ordenadas en filas y asociadas a un tendal o área de secado de planta rectangular. Estas construcciones fueron localizadas en las laderas medias de los cerros y fuera de los campos de cultivo para evitar la invasión de insectos y roedores, en una zona relativamente elevada con la finalidad de evitar la humedad de las zonas agrícolas y de los canales de regadío, así como para una ventilación más propicia. Los centros primarios de acopio contaban con un camino secundario que los mantenía intercomunicados y que, posiblemente, se iniciaba en el sitio arqueológico de Guajil (en Pacarán) y culminaba en Incahuasi (en Lunahuaná); parte de este camino ha sido identificado en las colcas de Pacarán 01 y en las de Huanaco, cruzando por delante del frontis de los depósitos.

Al parecer, estos centros primarios de acopio no solo fueron utilizados durante los ataques al valle bajo de Guarco, sino que continuaron cumpliendo sus funciones una vez convertida esta sección del valle en provincia chinchana, cuando el Estado Inca se encontraba totalmente fortalecido en la cuenca baja de Cañete; prueba de ello sería la existencia de varios momentos y fases constructivas en las *colcas*. Un patrón recurrente en estos centros fue el incremento en la cantidad de sus depósitos.

Todo indica que, además de cumplir funciones de acopio, en estas instalaciones del valle medio se procedía a secar y contabilizar los productos obtenidos como tributo de cosecha, antes de que fueran trasladados hacia los sitios residenciales. Esta identificación de los centros primarios de acopio como almacenes temporales cobra sentido si tomamos en cuenta que durante las excavaciones de los depósitos de Pacarán 01 y Peña de la Cruz de San Juan, junto a las semillas y frutos (secciones comestibles) de las plantas, fueron encontradas algunas partes no comestibles, como las hojas, brácteas, flores, tallos y ramas terminales.

Asimismo, podemos afirmar que los recintos no estaban destinados a almacenar un solo tipo de producto. Por ejemplo, en los cuatro depósitos excavados como parte del *Proyecto de Investigación Arqueológica Pacarán 01* se logró recuperar una gran variedad de frutos, legumbres y tubérculos comestibles, todos ellos factibles de cultivarse en los campos agrícolas del valle medio: maíz, maní, achira, coca, frejol, ají, calabaza, zapallo, pallar de los gentiles, algodón, lúcuma, guayaba, pacay, ciruelo del fraile, yuca, pallar, jíquima, pajuro y chirimoya.

⁴Se logró observar evidencia del techado en las colcas de Pacarán 01 y Huanaco. Las cubiertas fueron elaboradas con argamasa de arcilla en cuyo interior se observan ramas de sauce y tallos de caña brava. Esta torta de arcilla es soportada por vigas conformadas por troncos de guarango o molle. También se caracterizan por ser de superficies planas (ya que en el valle medio la precipitación pluvial es baja) y siempre dejándose una abertura entre la cubierta fija y un lado del depósito para el ingreso de los productos.



Foto 1. Frutos de ají (*Capsicum* sp.) hallados en la excavación de Pacarán 01 en el año 2011

Para la construcción de estos centros primarios de acopio se empleó la materia prima más cercana: piedras de la misma ladera del cerro sobre el que se asientan, además de arcilla proveniente de canteras próximas, ramas de sauce, tallos de molle, guarango y caña brava, siempre bajo un diseño arquitectónico ortogonal.⁴

Otra característica arquitectónica de estos centros, que respaldaría su vinculación al almacenamiento temporal, es su asociación a un espacio formal de planta rectangular a cielo abierto y de mayores dimensiones que los depósitos, al que hemos interpretado como tendales o áreas de secado; estos espacios aparecen recurrentemente ligados a los recintos de almacenamiento. En los tendales se pondrían a secar los productos botánicos y, una vez secos, se retirarían las partes no aprovechables de las plantas, antes de ser transportados hacia los depósitos de los palacios aislados o a los centros urbanos.

Respecto a estas áreas de secado, el registro etnobotánico recogido recientemente en el distrito de Lunahuaná ofrece ciertas luces sobre cómo pudieron ser utilizadas en la época prehispánica. Así, por ejemplo, los agricultores nos informaron que para el secado del ají y el maíz resulta necesario cortar los frutos ya maduros y dejarlos secar en un espacio amplio alrededor de un mes; debajo de los frutos debe colocarse una manta o estera para evitar la absorción de humedad del suelo y por las noches, o durante el día en caso de lluvias, se los cubre con otra estera. El frejol lleva el mismo proceso de secado; en este caso las semillas se secan sin retirarlas de la vaina;

una vez seco se recoge en sacos y, posteriormente, es triado mediante una paliza a los costales, para lo cual algunos utilizan las manos, los pies, palos o rodillos. El maní también se puede secar mediante el mismo proceso de dispersión del producto sobre esteras para el aislamiento de la humedad y, una vez seco, es contabilizado y almacenado. En el caso de los frutos de lúcuma y pacay, no hemos podido recopilar ningún dato etnográfico sobre su consumo deshidratado; sin embargo, en la revisión de antecedentes históricos logramos encontrar la siguiente información:

La importancia que tuvieron las frutas en la dieta inca puede estimarse al analizar el reclamo que al Rey de España formularan a mediados del siglo XVI los curacas Sulichaqui y Guacapáucar, por las vituallas y pertrechos que habían proporcionado a Pizarro. Entre ellas se encontraba 313 Tm [Toneladas métricas] de frutas secas en su casi totalidad de pacay y lucma, cosechadas en la provincia de Xauxa. Tal entrega equivale entre unas 1,500 y 2,000 Tm de frutas frescas, siendo en la actualidad la producción nacional de unas 1,500 Tm de lucma y unas 24,400 de pacay (Antúnez de Mayolo 1981: 78).

Esta cita evidencia que en el Perú prehispánico, e incluso a inicios del período colonial, aún se consumían los frutos secos del pacay y lúcuma, y que eran parte principal de la dieta alimenticia; lo que nos quedaría aun por conocer es la técnica de secado que fue utilizada para

este propósito. También recopilamos algunos datos arqueológicos e históricos sobre el consumo del pallar de los gentiles (*Canavalia*) en tiempos prehispánicos; al respecto, Antúnez de Mayolo señala:

Hace unos cinco mil años se cultivaba la *Canavalia* sp. en el Real Alto (Chanduy, Ecuador) como lo señalan Pearsall y Damp. Hace cuatro y medio milenios existía la *Canavalia* sp. en Huaca Prieta (Perú) como lo demostrara Bird, y a ella se le encuentra entre los restos arqueológicos desde Piura hasta Ica, en el Perú prehispánico fue conocida como caza o parca. El que dejara de cultivársele podría obedecer a un proceso de aridización, su sustitución por otros menos tóxicos, o el de plagas. Existe referencia que a principios del siglo XVII se le consumía tostada. En 1795 se le vuelve a encontrar en una tumba empero su consumo ya era desconocido como refiere el padre Laguna (Antúnez de Mayolo 1981: 85).

En el párrafo transcrito, Antúnez de Mayolo relata el mejor resumen histórico que existe sobre esta legumbre, tratando desde la antigüedad de su consumo en las civilizaciones de la costa hasta la desaparición de su aprovechamiento, incluso presenta sus nombres quechuas y la forma en la que se consumió. Todo ello nos permitió ampliar el panorama que teníamos sobre esta especie, cuyo dato etnobotánico no logramos obtener en la zona de estudio. Asimismo, la etnobotánica ofrece información sobre el consumo de diversos tipos de chicha elaboradas a partir del maíz (en casi todo el Perú), maní (en el distrito de Imperial), molle (en Ayacucho) y zapallo (en la pro-



Foto 2. Semillas de pallar de los gentiles (*Canavalia* sp.) halladas en la excavación de Pacarán 01 en el año 2011

vincia de San Martín); las semillas de todos estos productos fueron halladas durante las excavaciones en las *colcas* de Cañete, podemos por ello suponer que su consumo también habría implicado la preparación de bebidas.

Como ya lo hemos señalado, estos centros de acopio se caracterizan por presentar depósitos cuadrangulares asociados a espacios rectangulares formalizados, a cielo abierto, que han sido identificados como áreas de secado; así ocurre recurrentemente en el valle medio. Un caso atípico se ve constituido por las *colcas* de Tinajeros, ubicadas en el distrito de Cerro Azul, en el valle bajo antes de llegar al litoral. Este sitio cuenta con depósitos cuadrangulares desprovistos de áreas de secado, por lo que podemos inferir que los productos que llegaban a este centro de acopio lo hacían ya deshidratados o, por lo menos, con una selección previa de las secciones aprovechables de las plantas; una situación muy distinta fue registrada en el valle medio, donde, al interior de los depósitos, fueron recuperadas estructuras vegetales que no corresponden a las partes alimenticias de las plantas⁵, evidenciando un almacenamiento previo al tratamiento de secado.

Otra característica arquitectónica de las *colcas* de Tinajeros que las diferencia de su contraparte del valle medio es su mampostería hecha a partir de adobes rectangulares y cuadrangulares. Los depósitos de almacenamiento del valle medio, por su parte, presentan muros levantados con piedras angulosas asentadas sobre sus lados más planos, formando dobles hiladas; estos materiales fueron unidos con argamasa de arcilla de regular plasticidad. Suponemos que el empleo de adobes para la edificación de las *colcas* de Tinajeros respondió a la necesidad inmediata de su construcción. La mayoría de edificaciones incas localizadas en el valle bajo fueron construidas con tapial; sin embargo, la elaboración de sus paños de barro debió haber implicado la participación de un mayor número de personas y más tiempo del que se habría requerido si los trabajos se hubieran realizado con adobes. A ello debemos agregar que los tapias deben elaborarse in situ, caso muy distinto al de los adobes, que pueden ser recolectados de diversas localidades como parte de la tributación o almacenados para un posterior uso, cuando rápidas edificaciones son requeridas.

⁵ Como resultado de las excavaciones efectuadas en *colcas* asociadas a áreas de secado en el valle medio, fueron halladas estructuras no comestibles de las plantas, tales como los tallos y hojas de maíz, tallos de frejol, hojas de guayaba, hojas de pacay, ramas y flores de ají, entre otras.

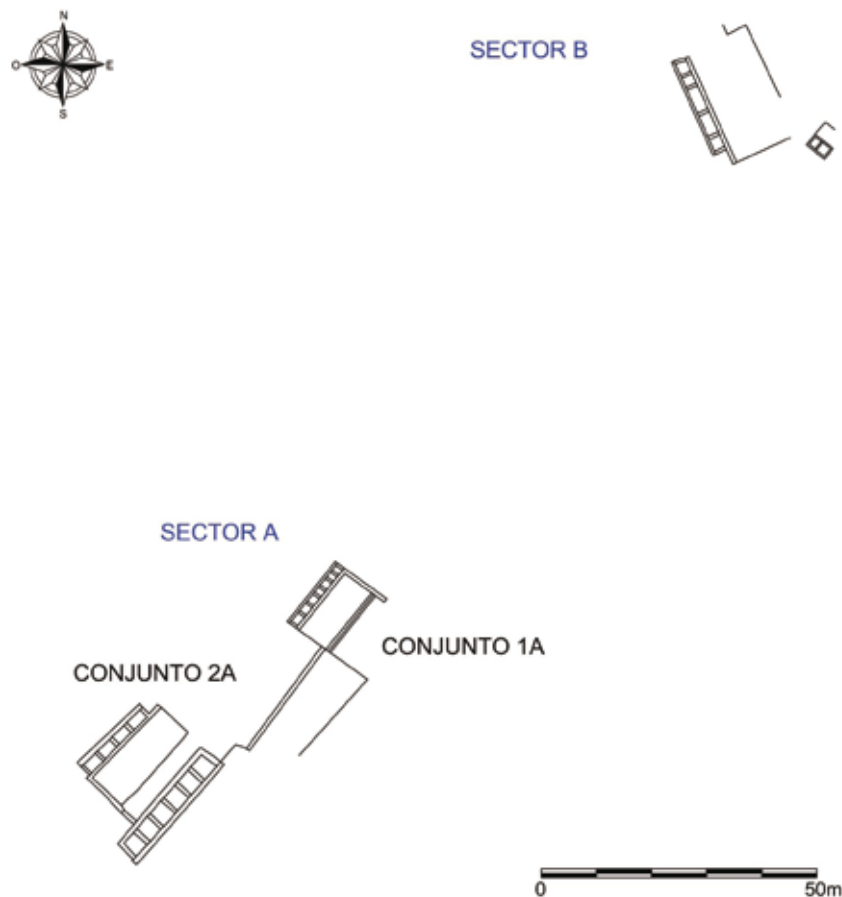


Figura 3. Plano del sitio arqueológico Peña de la Cruz de San Juan. Nótese que ambos sectores presentan depósitos y áreas de secano

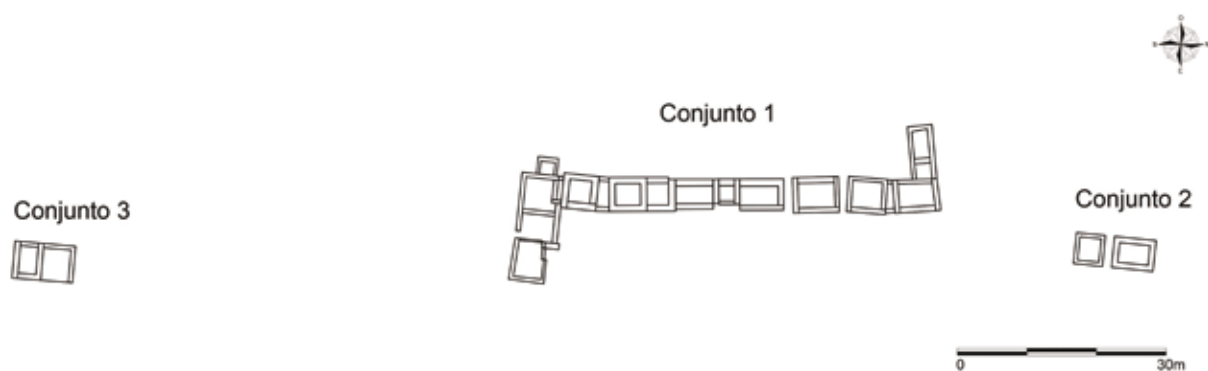


Figura 4. Plano del sitio arqueológico Tinajeros. Cabe resaltar la ausencia del área de secano

Los adobes de Tinajeros son muy similares a los que aparecen en los cortes de los edificios de Vilcahuasi, vistos a partir de una serie de destrucciones en las edificaciones. Estos adobes se observan por debajo de las construcciones de tapiales, por lo que más de un investigador ha interpretado que corresponderían a fases constructivas anteriores al período Intermedio Tardío; sin embargo, no guardan rela-

ción alguna con los adobes más pequeños del Horizonte Medio e Intermedio Tardío visibles en Cerro del Oro, así como en las primeras fases constructivas de Huaca Chivato. Al parecer, estos grandes adobes rectangulares y cuadrangulares formaron parte de rellenos constructivos empleados para ganar altura en las plataformas de los edificios del Horizonte Tardío existentes en Vilcahuasi.

Vilcahuasi constituye el centro urbano de mayores dimensiones construido durante la ocupación inca del valle de Cañete; su ubicación en el límite del valle bajo, próximo al litoral, estaría motivada por la búsqueda de aprovechar dos ecosistemas, mediante la explotación de recursos agrícolas y marinos. Es posible, asimismo, que el sitio hubiera visto incrementado su prestigio con la edificación de templos dedicados al culto de dioses serranos y costeros; en relación a esto último, Eugenio Larrabure dejó escrito:

[...] en estado de completo deterioro, existen infinidad de restos de edificios construidos con anchos adobes. Examinándolos pacientemente, llega a descubrirse el trazo de grandes salas, patios, habitaciones de distinto grandor y corrales. La extensa área que ocuparon las construcciones, es prueba evidente de que allí se alojó una numerosa población. Todo hace pensar que ese fue el sitio que los Incas escogieron para construir el templo que destinaron en el Huarco al culto solar, y que las numerosas pequeñas habitaciones, correspondieron muy probablemente al Convento o Mansión de las Vírgenes o Escogidas. Están, si bien visibles, las cuadras o corrales que debieron dedicarse al encierro de los animales destinados al esquila y a los sacrificios” (Larrabure 1935 (1893): 315).

En este centro urbano se observan una serie de plazas con desniveles cercadas por los edificios construidos alrededor de los espacios abiertos. Esta característica

también está presente en el centro urbano de El Huarco - Cerro Azul, en las edificaciones de tapial asentadas sobre una planicie del litoral que Alfred Kroeber (1937) identificó como las estructuras A-J; quizás la diferencia más notable entre ambos sitios tenga que ver con la escala, en Vilcahuasi existe un mayor número de plazas, mucho más amplias, además de edificaciones de mayores dimensiones que incluyen recintos para el descanso, depósitos, patios, canchones, áreas para actividades especializadas y conjuntos arquitectónicos para actividades rituales.

Es importante mencionar que los cuatro asentamientos más importantes ocupados en tiempos incaicos entre el valle bajo y el litoral (El Huarco - Cerro Azul, Vilcahuasi, Ungará y Huaca Chivato), fueron establecidos a partir de asentamientos previamente construidos durante el periodo Intermedio Tardío. Esto podría haberse visto condicionado por diversos motivos, entre ellos, por la facilidad de acceso ofrecida por viejos caminos instalados antes de la llegada de los cusqueños, por la necesidad que los incas habrían tenido de vincularse con los espacios sagrados venerados por los grupos locales antes de su anexión al Tawantinsuyu, y por representar de manera simbólica la fuerza del poder político cusqueño, con la construcción de centros administrativos en espacios donde previamente se había concentrado la entidad gubernamental vencida.

No ocurre lo mismo en los centros urbanos incas asentados en el valle medio, construidos en espacios desvinculados de la anterior concentración del poder guarco. Du-



Foto 3. Plaza de las columnas en el Conjunto 2A de Cruz Blanca, en el cual se encuentra el primer *ushnu*



Foto 4. Plaza principal del Conjunto 1 de Guajil, en el cual se observa una doble escalinata formando un encajonado triangular

rante el Intermedio Tardío, la sociedad guarco focalizó su poder político en el valle bajo y en el litoral de Cañete; tras la ocupación incaica, asentamientos como Incahuasi, Cruz Blanca y Pacarán (conformado por Guajil, Huaca Daris y Huaca San Marcos) fueron levantados en espacios nuevos dentro de la planificación urbana del valle.

Tanto el asentamiento de Cruz Blanca⁶ (Zúñiga) como el de Incahuasi (Lunahuaná) presentan como característica distintiva su diseño ortogonal, predominando el ordenamiento de espacios a cielo abierto en torno a edificios estatales. Otra característica compartida por estos dos centros es la existencia de dos *ushnus* en cada uno de ellos. En el caso de Cruz Blanca, el primer *ushnu* se ubica en una plaza del Conjunto Arquitectónico 2A y el segundo en una plaza de menores dimensiones en el Conjunto 1B; el primer *ushnu* cuenta con un acceso que lo vincula al trazo del camino que viene por la ladera media del cerro, que suponemos correspondería a un trazo de camino arqueológico, ya que se comunica directamente con la primera plaza del asentamiento y no se superpone a ninguna de las edificaciones. El *ushnu* del Conjunto 2A se encuentra ubicado en una gran plaza que podría haber albergado una considerable cantidad de gente y se caracteriza por su fácil accesibilidad; el segundo *ushnu*, en cambio, se localiza en un espacio más restringido al público. Por ello, pensamos que el primer *ushnu* habría

estado relacionado a actividades ceremoniales compartidas por el grueso de la población, mientras que el segundo se empleaba en ceremonias reservadas para una élite privilegiada por el Estado.

Un caso similar es observable en Incahuasi, donde un primer *ushnu* (ubicado en el sector El Palacio) fue construido sobre una gran plaza en un espacio con mayor accesibilidad, vinculado a un camino procedente del exterior del asentamiento que podría ser relacionado con las ceremonias compartidas por el grueso de la población; un segundo *ushnu* (ubicado en el sector El Acllawasi), rodeado de edificaciones asociadas fundamentalmente a actividades estatales, fue posiblemente accesible solo a personas directamente vinculadas al sitio y a una élite privilegiada. Asimismo, en ambos asentamientos, la fastuosidad del primer *ushnu* se ve ligada a una plataforma rectangular adosada lateralmente a la plaza, desde esta elevación se podían observar las ceremonias bajo un techo soportado por columnas; era aquí donde se habrían colocado los principales espectadores de las actividades rituales.⁷ Dicho elemento arquitectónico no está presente en el segundo *ushnu* de ambos centros urbanos.

Estos *ushnus* construidos en el valle medio, en ambas márgenes del río (dos en Cruz Blanca y dos en Incahuasi), podrían haberse visto relacionados a ritos agrícolas

⁶ En Cruz Blanca se observan una serie de calles longitudinales estrechas que permiten el paso dentro de las mismas plataformas; asimismo se observan calles transversales para subir o bajar hacia otras plataformas que se ubican en un nivel superior o inferior dentro del complejo arquitectónico. La simetría bilateral está presente sobre todo en el Conjunto 1B.

⁷ Las columnas del primer *ushnu* de Incahuasi poseen esquinas curvas, mientras que su contraparte de Cruz Blanca exhiben siempre esquinas rectas.

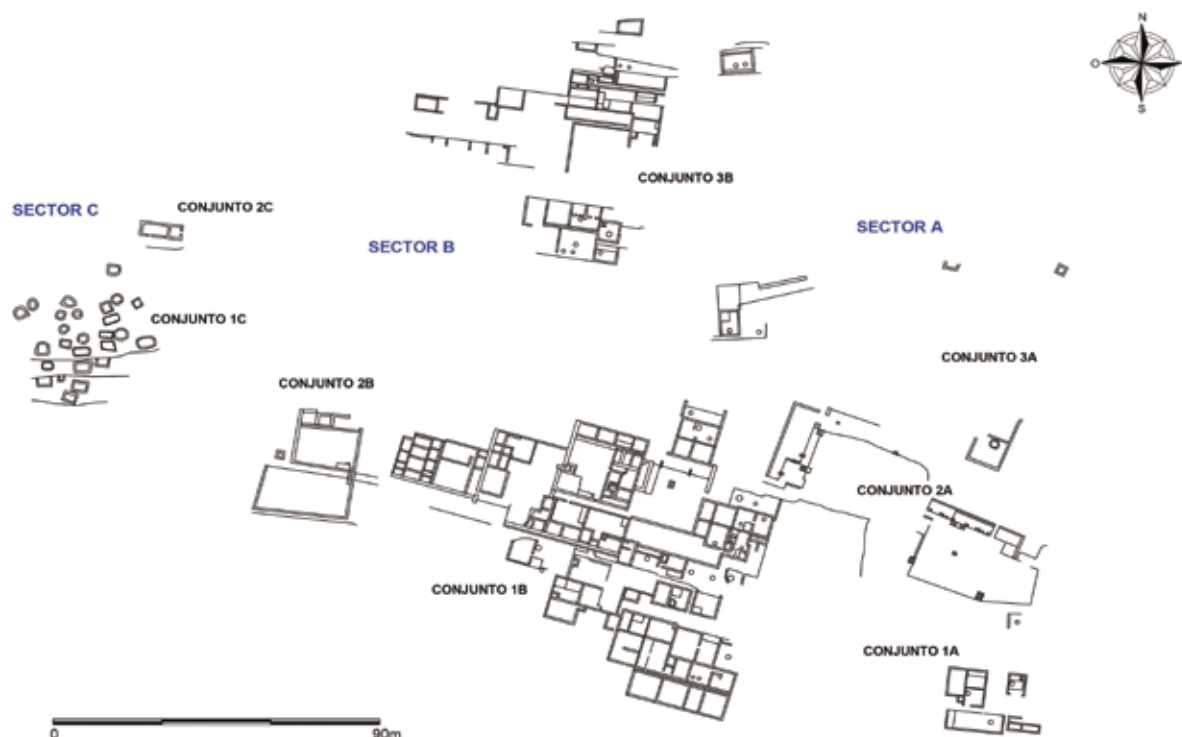


Figura 5. Plano del sitio arqueológico Cruz Blanca, con *ushnu* en los conjuntos 2A y 1B

ejecutados en el marco de los ciclos de sembríos y cosechas; la ausencia de información etnohistórica sobre estos últimos quizás encuentre su explicación en el proceso de extirpación de idolatrías efectuado durante la etapa colonial. Sobre este punto, Santiago Antúnez de Mayolo dejó escrito:

Las técnicas agrícolas incaicas estuvieron asociadas a ritos y festividades religiosas, las que fueron perseguidas por los sacerdotes católicos con gran intensidad para extirpar la idolatría. A su vez las fiestas religiosas nativas estaban asociadas con los grandes ciclos de las faenas agrícolas, y éstas se efectuaban de acuerdo a un calendario móvil climático; al ser convertidas en fiestas fijas de acuerdo al martirologio católico perturbaron todo el sistema de pronóstico de clima, así como el de sembrarse al momento de ser el clima más favorable para maximizar la cosecha (Antúnez de Mayolo 1981: 26).

Pero la actividad agrícola no solo debía sustentarse en aspectos ideológicos, sino también en la administración directa de sus elementos productivos; evidencia de ello es el control de los canales de irrigación por parte del aparato estatal inca en el valle de Cañete. Para el caso

del valle medio, son escasas las fuentes etnohistóricas que permitan precisar la temporalidad de los canales, más aún si tomamos en cuenta que la mayoría de ellos siguen funcionando hasta la actualidad; podemos citar, por ejemplo, el canal de regadío que corriendo paralelo al camino inca en la zona de Pacarán, cruza por los frentes de Huaca Daris y Huaca San Marcos, y llega al centro administrativo de Guajil, regando las tierras más fértiles de Pacarán. Para el caso del valle bajo, la evidencia etnohistórica se focaliza en los dos canales de mayores dimensiones e importancia: Chiome y Chumbe (actuales San Miguel y María Angola), los cuales son identificados por María Rostworowski (1978-1980) como anteriores a la anexión inca; es decir, habrían sido utilizados desde, por lo menos, el período Intermedio Tardío por la sociedad guarco.

Durante el año 2012 realizamos una pequeña prospección para analizar el actual sistema de regadío de los canales Chiome y Chumbe, empleados en el pasado por los guarco; el estudio de estos canales fue realizado cerca de los sitios arqueológicos de Cancharí y Ungará. A partir de esta investigación, podemos afirmar que ambos canales comparten como punto de captación de agua al río Cañete y forman dos sistemas de riego que

corren casi en paralelo de este a oeste en la margen derecha del valle bajo, permitiendo abarcar una mayor área de aprovechamiento. En ninguno de los dos casos se observa evidencia de que hubieran poseído algún tipo de revestimiento, por lo que podemos deducir que no presentaron problemas de velocidad en su caudal; al ser un sistema de irrigación construido mediante el corte del suelo natural, las velocidades del fluido no debían destruir la obra. El biotopo que se genera en las márgenes del canal principal y de sus respectivas acequias secundarias se encuentra integrado por una serie de plantas silvestres (caña brava, totora, carrizo y cola de caballo) que, al depositarse en los canales, podrían haberse acumulado dificultando la conducción del agua. Por ello, debió existir la necesidad de un constante mantenimiento de las regueras, hecho que habría implicado la existencia de una compleja organización encargada tanto del mantenimiento de los canales como de la repartición del agua en los campos de cultivo, conforme a lo sembrado.

Es oportuno referirnos a la extendida idea compartida por la mayoría de investigadores de esta área, según la cual, el sitio arqueológico Cancharí correspondería a un edificio aislado de los grandes asentamientos, construido para la defensa de los canales de regadío Chiome y Chumbe. Al respecto, consideramos inverosímil que la construcción de este asentamiento hubiera sido una respuesta a los ataques de sociedades vecinas; pensamos, más bien, que el factor que determinó su ubicación en medio de los dos sistemas de regadío habría sido la necesidad de mantener y administrar ambos canales. Cabe resaltar que, en la zona de estudio, estos canales aumentan su ancho y profundidad, sugiriendo la antigua existencia de importantes reparticiones cercanas a ellos.

Cancharí sería, entonces, un conjunto arquitectónico aislado de los asentamientos urbanos, cuya ubicación respondería a la administración de los sistemas de riego, es decir, a la organización del trabajo para el mantenimiento de los mismos, a la distribución, apertura y cierre de tomas, y a la distribución rotativa del agua en los campos de cultivo. En la actualidad, estas labores son organizadas y administradas por la Junta de Regantes de Cañete, mediante una directiva que se establece cada cierto tiempo y es elegida por sus mismos representantes dedicados a las labores agrícolas.

Pero Cancharí no fue el único sitio del valle ubicado estratégicamente para la administración del agua; el mismo patrón de asentamiento es compartido por Ungará, construido en medio de dos sistemas de regadío: los canales de Chome e Imperial (ver figura 1). Según Joyce

Marcus, el canal de Imperial, registrado en el croquis de Larrabure y Unanue con el nombre de “Acequia Quebrada de la Imperial” no pudo haber existido durante el período Intermedio Tardío, ya que se encuentra fuera del muro de delimitación del territorio guarco y beneficia a los campos de cultivo fuera del mismo (Marcus 2008: 6). Nosotros, por el contrario, creemos que la construcción de este canal comprobaría el uso de los terrenos del otro lado del camino amurallado, lo cual guardaría relación con la lista de sitios arqueológicos ubicados fuera de la supuesta muralla en la zona de Imperial, la mayoría de estos han sido señalados por Carlos Williams y Manuel Merino como edificios con ocupaciones del Intermedio Tardío y Horizonte Tardío (Williams y Merino 1974).

Por otra parte, diversos autores han resaltado la estratégica ubicación que, durante el período Intermedio Tardío, ofrecía Cancharí para el ejercicio de un control territorial del valle de Cañete; sobre este punto, Sandra Negro anota:

Durante el periodo Formaciones Señoriales o Intermedio Tardío, que duró entre los 1000 y 1470 años d.C. el valle bajo de Cañete estuvo ocupado por el señorío Guarco, cuyos habitantes para defender sus tierras [...] edificaron un conjunto de fuertes en lugares estratégicos de su territorio. Los tres más importantes y que se pueden visitar fueron el de Guarco (Cerro Azul) al norte, el de Cancharí a la mitad del valle bajo y el de Ungará en el límite sur (Negro 2014: 2).

Efectivamente, el sitio Cancharí presenta una fase arquitectónica correspondiente al Intermedio Tardío, a la cual se superpone otra ocupación y replanteamiento arquitectónico del Horizonte Tardío; una situación similar ocurre en Ungará, que de haber sido una edificación aislada guarco pasó a constituirse en un gran complejo arquitectónico con diversas funciones durante la ocupación inca de la región. Sin embargo, no compartimos la ubicación que Negro otorga a Cancharí en la mitad del valle bajo, dado que, como ya lo hemos señalado líneas arriba, consideramos que el límite del valle bajo de Cañete se habría localizado en la zona de Socsí; siguiendo esta idea, consideramos poco probable que la sociedad guarco se hubiera visto interesada en construir un sitio en la mitad de su territorio, sin originar ninguna situación de control de recursos.

Con relación a Cancharí, otros investigadores han señalado que su ubicación y función podrían haber correspondido a las de un centro religioso; en este sentido, Jorge Carlos Alvino ha escrito:

En el sector norte, el de aparente uso religioso, observamos una disposición de los recintos claramente inca. La plaza o cancha si bien adquiere una forma trapezoidal articula recintos de claro trazo inca imperial. Cada recinto es una célula de forma ortogonal que se alinea a otra para cerrar el espacio principal. Similar disposición podemos observar en la Casa del inca en Huánuco Viejo, o en el Coricancha del Cuzco e incluso en las unidades habitacionales dispuestas en Racchi (Alvino 2007: 18).

En nuestro concepto, el autor fuerza el criterio de ortogonalidad del edificio para sustentar su explicación; en su propuesta de isometría, incluso, puede observarse cómo hace encajar de manera poco natural los recintos en un diseño ortogonal, proponiendo además una doble entrada pública para el edificio, con rampa en ambos lados. Asimismo, resulta dudoso que un edificio aislado, en relación al asentamiento más próximo, hubiera sido destinado para actividades rituales, ya que el patrón observado en la zona de estudio es que los templos o áreas para actividades sagradas se encuentren localizados dentro de los grandes asentamientos, tal como se puede apreciar en El Huarco - Cerro Azul, Ungará, Vilcahuasi, Huaca Chivato, Incahuasi y Cruz Blanca.

La propuesta más interesante sobre Cancharí es, sin duda, la formulada por Emilio Harth-Terré a inicios del siglo pasado:

[...] Una gran plaza, alrededor de la que se distribuyen viviendas una de las que por su ubicación podríamos llamar “cuerpo de guardia” y de donde se ejercía vigilancia, protegía la entrada (A). La otra parte tiene también su entrada propia, pero en el lado opuesto a la primera y a la que se accede por una rampa que da también a una gran plaza de la que queda separados, por un corredor común, tres cuerpos longitudinales de habitaciones (E, F, G). Se puede presumir que la primera (E) estaba destinada al alojamiento de las mujeres que servían al curaca. Allí tenemos habitaciones que fueron depósito de líquidos, colcas y cocinas con abundancia de restos calcinados. El segundo departamento (F), era el de la servidumbre que acompañaba siempre al jefe;

habitaciones para sus generales y para sus acompañantes, y por fin, el último era para la tropa y servidumbre principal, con depósitos para los productos de la alimentación, colcas, pozos de agua, etc. Los dos últimos departamentos comunican entre sí por pequeñas entradas, una de ellas tan excesivamente baja, que muy disimulada podía ser como un pasaje secreto. El primer grupo está completamente aislado de los otros dos, lo que corrobora nuestra idea sobre ser la habitación de alguno de los jefes. A un nivel inferior pero comunicándose con el tercer grupo que era aquel donde se alojaba el grueso de la tropa, hay una serie de habitaciones estrechas que servían de vivienda a la servidumbre de inferior categoría, pastores, guardianes, etc (H) (Harth-Terré 1933: 103).

En relación a esta cita, durante nuestro reconocimiento del sitio hemos podido reconocer que, efectivamente, el edificio posiblemente corresponda a un palacio. Sin embargo, no compartimos la funcionalidad atribuida a cada uno de los recintos; por ejemplo, no se ha logrado corroborar la existencia del posible pasaje secreto o las viviendas para las tropas mencionadas por Harth-Terré, tampoco creemos que haya residido allí el personaje principal de toda la sociedad guarco, como él lo afirma.

Nuestra propuesta es la de un edificio aislado a manera de palacio, posiblemente con una primera fase constructiva guarco del Intermedio Tardío, posteriormente replanteada durante su ocupación en el incanato, a tal punto que casi la mayor parte del edificio visible corresponde a la construcción incaica. En dicho palacio residiría un personaje encargado de la administración de los dos sistemas de regadío en esta sección del valle.

En cuanto a su distribución espacial, el edificio presenta un solo frontis localizado en la sección noroeste, este se caracteriza por presentar muros de arriostre⁸ que sirven de soporte a la base del muro perimetral, otorgando, a la vez, un aspecto de mayor volumen al edificio. En este edificio se observa un solo acceso general: una rampa que conduce hacia una plaza pública circundada por una serie de recintos, este agrupamiento arquitectónico ha sido denominado Conjunto 1. La plaza pública se encuentra conectada a un patio mediante un

⁸ Un muro de arriostre es un elemento de refuerzo (horizontal o vertical) que provee estabilidad y resistencia a los muros portantes y no portantes sujetos a cargas perpendiculares a su plano.



Foto 5. Vista del frontis del Conjunto 1, con una rampa de acceso y los andenes en la ladera baja de la colina



Foto 6. Vista del frontis del Conjunto 2, nótese los muros arriostremos en la sección baja del muro perimetral

estrecho acceso que separa este conjunto (vinculado a las actividades públicas) del área del palacio empleada como residencia de élite.⁹

Tanto el patio como los recintos ubicados al lado suroeste del mismo, que constituyen la sección ortogonal del edificio, forman parte del Conjunto 2; este último incluye espacios de producción, habitaciones para el

descanso y un espacio para actividades compartidas (el patio). En la sección sureste del patio existe una escalinata que conduce hacia un espacio integrado por una serie de recintos que disipan el carácter ortogonal del edificio y corresponderían a una fase posterior, en la que los incas replantearon el diseño original del conjunto. Estas construcciones fueron adosadas sobre lo que en

⁹ Concebimos a la plaza como aquel espacio abierto destinado a concentrar individuos en el marco de actividades establecidas por una entidad política; se caracteriza por estar rodeada de construcciones edificadas para la administración estatal y presentar un fácil acceso mediante uno o varios caminos formales. El patio, por su parte, corresponde a un espacio a cielo abierto construido al interior de un edificio para la reunión de personas íntegramente vinculadas a las actividades que en él se realizan; se caracteriza por estar encerrado por muros perimetrales y presentar acceso restringido para aquellas personas ajenas a las funciones cotidianas del edificio.

algún momento fue el muro perimetral del edificio en su sección posterior; no nos cabe duda que esta sección de recintos desorganizados no formó parte del frontis del palacio, es decir, no era visible al público, ya que de haber sido así la edificación hubiera perdido su formalidad, hecho atípico en la arquitectura inca del valle. Tampoco se observan las plataformas estrechas (a manera de andenes) existentes en el frontis que brindan una mayor vistosidad al edificio ni las huellas de un camino formal, tal como sucede en el sector lateral noroeste del edificio, donde un camino se une a la rampa. Este espacio ubicado en la sección posterior del edificio ha sido denominado Conjunto 3 y se encuentra constituido por una serie de recintos cuadrangulares y rectangulares asentados sobre plataformas que, al parecer, corresponderían a depósitos y tendales con techo plano; es decir, se trataría del área de almacenamiento y secado de los productos cosechados, al cual solo se podría acceder desde el patio por personal que cumplía actividades en el palacio.

La función del gobernante estatal, residente en este palacio, podría haberse relacionado con el control de las bocatomas secundarias de los dos sistemas de regadío adjuntos al edificio, así como a su mantenimiento y a la rotación del riego hacia los campos de cultivo, dependiendo de lo sembrado y de lo tributado en la cosecha

anterior; es decir, sería la autoridad del agua en esta sección del valle bajo.

Cabe señalar que en la sección baja de la colina sobre la que se construyó el frontis del palacio se observa un conjunto de andenes cuyas plataformas tienen aproximadamente un metro de altura por cuatro de ancho; éstas se van estrechando conforme se sube hacia la edificación. Estos andenes se ven constituidos por muros de contención de un solo paramento contruidos con cantos rodados medianos asentados por su lado más plano, formando hileras ordenadas separadas por argamasa de arcilla de regular plasticidad; el relleno de las plataformas consiste de tierra de chacra similar a la de los campos de cultivos aledaños. Es posible que en los andenes se hubieran sembrado maní, pallar de los gentiles, ají, calabaza y maíz, como parte de un monitoreo constante del mejoramiento de semillas o de algo similar a pruebas botánicas.

También es oportuno mencionar entre las particularidades de este edificio, la presencia de la rampa como elemento arquitectónico funcional. En la cuenca baja de Cañete, solo dos sitios presentan este elemento, Cancharí y Cruz Blanca, y en ambos casos su aparición se encuentra vinculada a construcciones incaicas comprometidas con el acceso a espacios públicos no

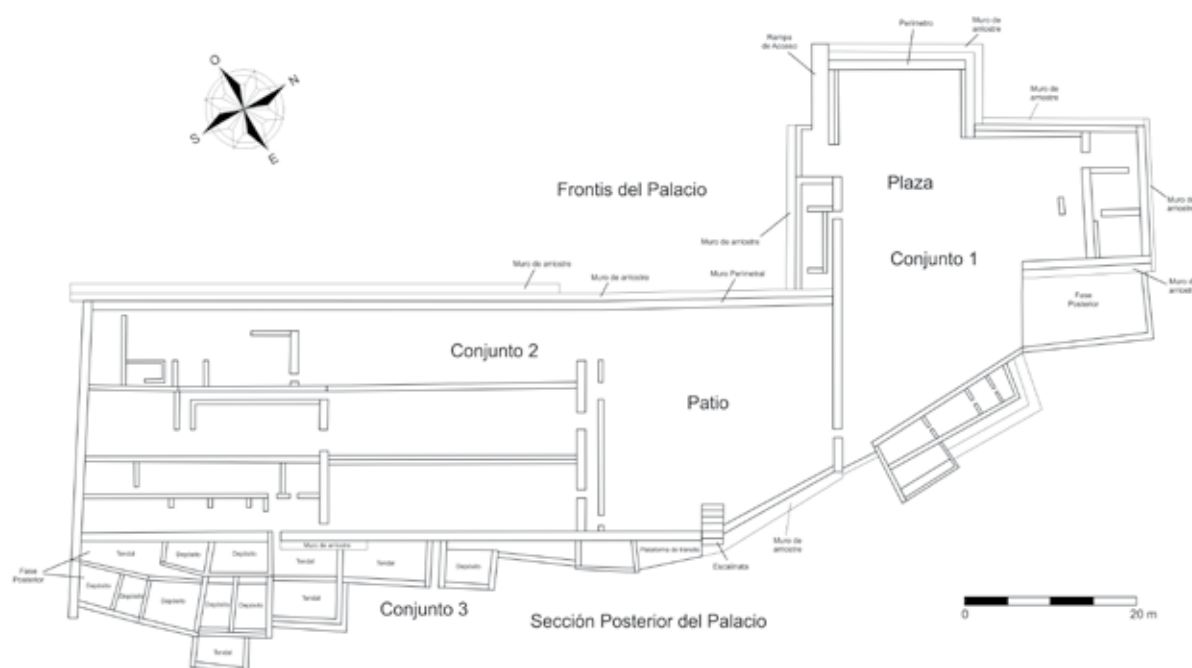


Figura 6. Plano del sitio arqueológico Cancharí, con los tres conjuntos arquitectónicos que lo componen

sacralizados. Otro detalle importante en la construcción de Cancharí es la ausencia de elementos funcionales-decorativos característicos de la arquitectura inca, tales como la doble escalinata en paralelo para ascender hacia una plataforma superior, la doble escalinata formando un encajonado triangular, los nichos y ventanas trapezoidales, los nichos triangulares y los accesos trapezoidales, que aparecen en mayor o menor proporción en las construcciones incaicas realizadas en la cuenca baja del Cañete.

A excepción de Cancharí, el resto de construcciones incaicas presentan por lo menos uno de aquellos elementos funcionales-decorativos en su alzada. En el caso del asentamiento inca de Pacarán, conformado por los palacios de Huaca Daris, Huaca San Marcos y el gran centro administrativo de Guajil, estos elementos decorativos se hacen más recurrentes. En el centro administrativo de Guajil, conformado por tres conjuntos arquitectónicos destinados para el control del paso hacia la sierra, por ejemplo, está presente una gran plaza con muros provistos de nichos trapezoidales alineados en la sección superior de la alzada; asimismo, aparece la doble escalinata formando el encajonado triangular. En el caso de Huaca Daris y Huaca San Marcos, reconocidos como palacios incas construidos para la administración de la fuerza productiva y vivienda de una élite ligada a las actividades estatales, también se observan grandes patios delimitados por muros con nichos trapezoidales. Sin embargo, en Huaca San Marcos se observa un de-

talle atípico para la zona: el muro del frontis del palacio exhibe unos frisos de arcilla con la representación en altorrelieve de una secuencia de peces muy parecidos a los pintados en la alfarería de estilo Chinchá. Suponemos que este palacio podría haber sido administrado por algún personaje del vecino valle sureño y que los frisos remitirían a su lugar de origen; cabe mencionar que en el principal asentamiento chinchá, La Centinela, también se han observado frisos en altorrelieve con motivos de peces, olas y aves marinas volando en picada, en clara alusión a la pesca de su alimento. Un friso con la representación de peces existió asimismo en el sitio de Litardo Bajo, ubicado en Chinchá Baja.

Considerando que esta característica arquitectónica está ausente en las construcciones guarco y que gran parte del ejército inca que tomó el valle medio del Guarco habría tenido procedencia chinchana, cobra sentido suponer que el Palacio de Huaca San Marcos hubiera sido administrado por algún personaje chinchá durante el Horizonte Tardío. En este escenario, resultaría coherente pensar que el Estado Inca habría encargado la administración del valle medio a una élite proveniente de aquella región y que ésta mantuvo relación y tránsito con su lugar de origen mediante el camino de la quebrada de Topará.

Tangencialmente, mencionaremos el hallazgo de algunos artefactos de diatomitas en uno de los depósitos de Pacarán 01 que excavamos en el año 2011. Debido

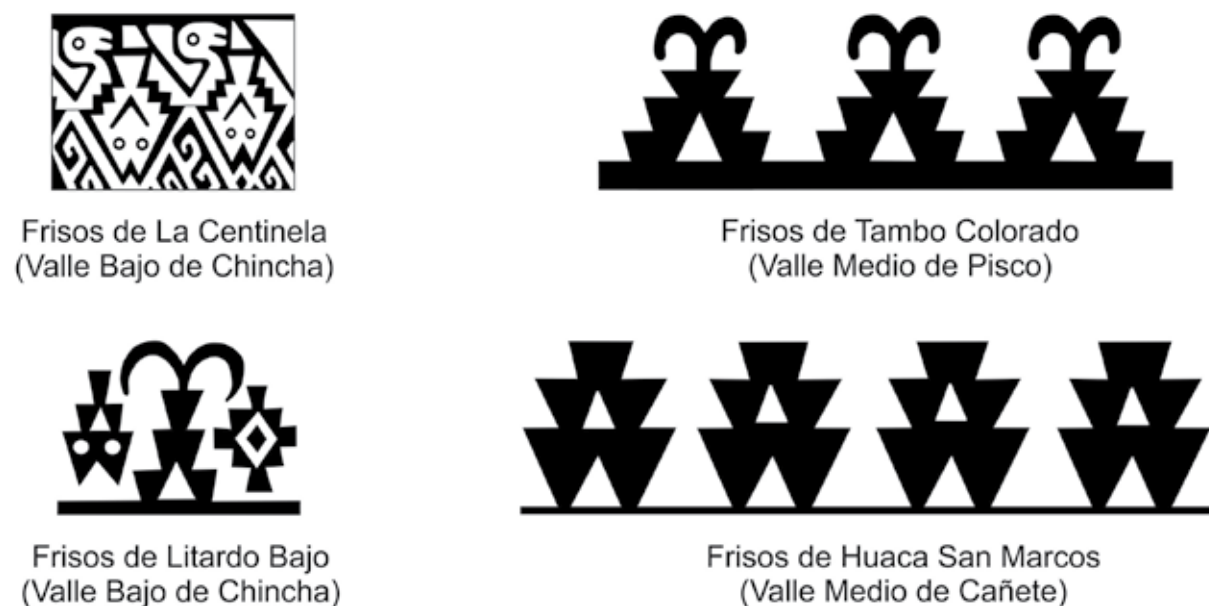


Figura 7. Frisos con diseños de peces vinculados a la iconografía arquitectónica chinchá

a las propiedades de sus partículas de diatomeas, dichos artefactos probablemente cumplieron la función de ahuyentar los insectos y mantener el ambiente seco al interior del depósito; se trata del único hallazgo de este tipo reportado en el valle de Cañete. Considerando que no existen canteras de este mineral no metálico en la región, es posible que hubiera procedido de la cantera más cercana localizada en Pisco, desde allí habría sido transportada inicialmente a Chíncha¹⁰ y, tras atravesar la quebrada de Topará, llegado finalmente al valle medio de Cañete.

Consideraciones finales

En resumen, hemos presentado los argumentos que nos llevan a sostener que la sociedad guarco, como unidad política, estuvo distribuida desde el litoral hasta la mitad del valle medio de Cañete, encontrándose la mitad superior del valle medio ocupada por grupos yauyos; de este modo, ambas sociedades habrían obtenido un mayor control de pisos ecológicos y una consiguiente autosuficiencia de consumo. El hecho de que la sociedad guarco centralizara su poder en el valle bajo, de otro lado, facilitó que los ejércitos incas (integrados principalmente por miembros de la sociedad chíncha) ocuparan rápidamente la sección guarco del valle medio, siguiendo el camino natural constituido por la quebrada de Topará, imposibilitando al mismo tiempo cualquier tipo de alianza yauyos-guarco al cortar la comunicación entre estas dos sociedades. Posteriormente, el Estado Inca conseguiría anexar el valle bajo y litoral (a través de la guerra) construyendo algunos nuevos centros administrativos y replanteando el diseño arquitectónico en los asentamientos ya existentes.

Algo distinto ocurrió en el valle medio, en donde, ante la ausencia de centros que reflejaran el poder guarco, el Estado Inca habría construido nuevos centros administrativos a los que se accedía por medio de la extensión de caminos. Una vez establecidos en el antiguo territorio guarco, los incas lo habrían incorporado a la provincia o *huamani* de Chíncha; esta interpretación resulta lógica si tomamos en cuenta la cercanía que esta área presenta respecto a la cabeza de provincia chinchana y el apoyo recibido de esta sociedad durante el proceso de conquista.

Asimismo, es pertinente hacer notar que durante la ocupación inca, los tres asentamientos más importan-

tes del valle bajo (El Huarco - Cerro Azul, Vilcahuasi y Ungará) contaron con un camino estatal que los conectaba con el sitio arqueológico de La Centinela, el principal centro administrativo chíncha. El estilo alfarero predominante en el valle de Cañete durante el período Horizonte Tardío, de otro lado, comparte notorias características con el estilo Chíncha y, en menor proporción, con el estilo Ychsma.

Una vez conquistado el territorio guarco, los incas se apresuraron en construir edificaciones que permitieran una eficiente administración estatal, tales como *ushnus* (Incahuasi y Cruz Blanca), centros militares (Incahuasi y Ungará), centros religiosos (Ungará, El Huarco - Cerro Azul y Vilcahuasi), centros de acopio primarios (Peña de la Cruz de San Juan y Pacarán 01), centros de control y administración de los sistemas de regadío (Cancharí y Ungará), centros de control de tránsito (El Huarco-Cerro Azul, Tambo de Suero y Guajil) y una serie de caminos formales que conectaron el litoral, el valle bajo, el valle medio y se prolongan hacia los territorios yauyos, ychsma y chíncha.

Se han analizado, además, las recurrencias en el diseño arquitectónico para explicar las funciones de los sitios arqueológicos ocupados por los incas, incluyéndose las plazas (El Huarco - Cerro Azul, Vilcahuasi, Cancharí, Guajil, Incahuasi, Cruz Blanca, y Huaca Chivato), los patios al interior de palacios (Huaca Daris, Huaca San Marcos, Cancharí, El Huarco - Cerro Azul e Incahuasi), los depósitos al interior de los palacios (Incahuasi, Cancharí, Cruz Blanca y Vilcahuasi) y las áreas de secano en los centros de acopio primario (Peña de la Cruz de San Juan y Pacarán 01).

Cabe resaltar que en nuestra investigación realizamos un constante cruce de variables cualitativas dependientes, a partir de la recopilación de datos arquitectónicos, geográficos, ecológicos, etnobotánicos, etnohistóricos y antropológicos; en base a ello, además, postulamos algunas críticas a otros trabajos efectuados previamente en el área de estudio. Consideramos que en el estudio de una sociedad prehispánica, resulta necesario no solo focalizarse en los sitios arqueológicos, sino también prestar igual atención a los rasgos arqueológicos en el paisaje, tales como los sistemas de irrigación, los sistemas de andenerías, los sistemas viales, entre otros. En esta última tarea, en algunos casos, es importante bus-

¹⁰ Javier Alcalde (comunicación personal, 2011) nos ha informado el hallazgo de diatomitas durante sus excavaciones en asentamientos chíncha, por lo que deducimos que esta sociedad habría conocido sus propiedades y empleado estos materiales en similares actividades.

car explicaciones antropológicas a partir del registro etnográfico actual sobre usos y conocimientos tecnológicos.

Finalmente, debemos señalar que el enfoque metodológico de la ecología cultural no se limita al análisis de las asociaciones existentes entre las evidencias arqueológicas y el medio geográfico, sino que, además, tal como ha sido presentado en este artículo, se toman en cuenta otras variables, configurando un estudio interdisciplinario que permitirá fortalecer las hipótesis y definir las categorías propuestas.

Agradecimientos

Mi agradecimiento a Byllyban Oscco, Carlos Cámara, Yesenia Quispe, Julio Gonzales, Susan Paucar y Giomar Gallegos por el apoyo en las prospecciones. A Jorge Recharte y Alexander Herrera por su aporte en mi marco teórico; y a los agricultores de Zúñiga, Pacarán, Lunahuaná y San Vicente por compartir sus saberes locales que han sido tomados en cuenta en la preparación de este artículo. A todos ellos mis respetos y reconocimiento.

Referencias bibliográficas

Alvino Loli, Jorge

2007 “El edificio prehispánico de Canchari”, *Bitácora de Cañete* [Cañete], 1(1), pp. 11-24.

Antúñez de Mayolo, Santiago

1981 *La Nutrición en el Antiguo Perú*. Lima: Banco Central de Reserva del Perú, 240 p.

Bueno Mendoza, Alberto

1982 “Cañete Arqueológico: Un futuro promisor”, *Espacio* [Lima], 12(3), pp. 64-69.

2007 “Introducción a la arqueología del distrito de Lunahuaná, valle de Cañete”, *Bitácora de Cañete* [Cañete], 1(2), pp. 5-18.

Casaverde Ríos, Guido y Segisfredo López Vargas

2011 *El camino entre Inkawasi de Lunahuaná y la Quebrada de Topará: vía para la conquista inca del señorío de Guarco*. Lima: Ministerio de Cultura, 204 p.

Cieza de León, Pedro

1967 [1551] *El Señorío de los Incas*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 271 p. (Colección de Fuentes e Investigaciones para la Historia del Perú. Textos Básicos, 1).

Correa Pereyra, Luciano

1990 *Historia Social y Política de Imperial*. Cañete: Municipalidad Distrital de Imperial, 90 p.

Harth-Terré, Emilio

1933 “Incahuasi. Ruinas incaicas del valle de Lunahuaná”, *Revista del Museo Nacional* [Lima], 2(2), pp. 99-125.

Kroeber, Alfred

1937 *Archaeological Explorations in Peru, Part. IV: Cañete Valley*. Chicago: Field Museum of Natural History, pp. 220-273 (Anthropology Memoirs, Vol. II, N° 4).

Larrabure y Unanue, Eugenio

1935 [1893] *Manuscritos y publicaciones*. Volumen 2: Historia y arqueología, valle de Cañete. Lima: Imprenta Americana, 606 p.

Marcone Flores, Giancarlo

2004 “Cieneguilla a la llegada de los Incas: Aproximaciones desde la historia ecológica y la arqueológica”, *Bulletin de l'Institut Français d'Etudes Andines* [Lima], 33 (3), pp. 715-734

Marcus, Joyce

2008 *Excavations at Cerro Azul, Peru. The architecture and pottery*. Los Angeles: University of California, 332 p. (Monograph, 62).

Middendorf, Ernst

1894 [1973] *Perú, observaciones y estudios del país y sus habitantes durante una permanencia de 25 años*. Tomos I y II. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Negro Tua, Sandra

2014 *El poco conocido y no gestionado patrimonio material del valle bajo de Cañete*. Lima: Universidad Ricardo Palma, 22 p.

Ramírez Muñoz, Favio

2012 *Proyecto de Investigación Arqueológica Pacarán 01*. Informe Final presentado al Ministerio de Cultura.

2013 “Sistema de almacenamiento en el valle medio de Cañete y su importancia para el mantenimiento del estado Inka”, *Arqueología y Sociedad* [Lima], 26, pp. 265-288.

Rostworowski de Diez Canseco, María

1978-1980 “Guarco y Lunahuaná. Dos señoríos prehispánicos de la costa sur central del Perú”, *Revista del Museo Nacional* [Lima], 44, pp. 153-214.

Ruiz Zapatero, Gonzalo y Francisco Burillo Mozota

1988 “Metodología para la investigación en arqueología territorial”, *Munibe* [San Sebastián], 6, pp. 45-64.

Squier, Ephraim George

1974 [1877] *Un viaje por tierras incaicas: crónicas de una expedición arqueológica (1863-1865)*. Primera edición en español. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 318 p.

Williams León, Carlos y Manuel Merino Jiménez

1974 *Inventario, catastro y delimitación del Patrimonio Arqueológico del valle de Cañete*. 2 volúmenes. Lima: Instituto Nacional de Cultura, Centro de investigación y Restauración de Bienes Monumentales.